

El cerno de la estructuración psíquica¹



SUSANA GARCÍA VÁZQUEZ²

DOI: 10.36496/N136-137.A7

ORCID ID: 0009-0006-7147-4774

RECIBIDO: MARZO DE 2023 | ACEPTADO: JUNIO DE 2023

RESUMEN

En el intercambio realizado sobre el tema de *lo infantil*, la autora plantea que dicha denominación es pertinente, aceptando que las palabras nunca dan cuenta de la profundidad que pretenden, siempre que aceptemos que eso que llamamos infantil son marcas originarias que se juegan en la estructuración psíquica, muchas intraducibles a la palabra, soterradas pero con efecto significativo en la estructura, y que no se trata de la infancia, sino que nos acompañan durante toda la vida y pueden emerger en forma de actos, soma o creatividad.

Esto plantea problemas en la práctica psicoanalítica si nos limitamos a la escucha del discurso verbal y a la asociación libre.

1 Trabajo presentado en 2021 en actividad científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay «Acuerdos y desacuerdos sobre lo infantil en psicoanálisis: Intercambio y debate» (Susana García: *Lo infantil que no es la infancia*; Javier García: *¿Lo infantil en psicoanálisis?*).

2 Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. sgarvaz@gmail.com

A veces es en el analista donde se producen ocurrencias, captando indicios e introduciendo hipótesis en una puesta en palabras que es imprescindible, pero aceptando que son siempre imprecisas y que intentan bucear en lo irreductible de lo infantil, generador de repeticiones y dolor, pero también de creatividad.

DESCRIPTORES: SUBJETIVACIÓN / SEXUALIDAD INFANTIL / HUELLA
MNÉMICA / MEMORIA / TRANSFERENCIA / LO ORIGINARIO

SUMMARY

In the exchange carried out on the topic of *the infantile*, the author says that this denomination is pertinent, accepting that words never account for depth they seek, as long as we accept that we call childish are original marks that are played in the psychic structure, many of them untranslatable into words, buried but with a significant effect on the structure and that is not about childhood but they accompany us throughout our lives, and they can emerge in the form of acts, soma or creativity.

This raises problems in psychoanalytic practice, if we limit ourselves to listening to verbal discourse and free association. Sometimes it is in the analyst that occur, capturing clues and introducing hypotheses in a putting into words that are essential but accepting that they are always imprecise and that they try to dive into the irreductible of the infantile generates repetition and pain but also creativity

KEYWORDS: SUBJECTIVATION / INFANTILE SEXUALITY / MEMORY
TRACE / MEMORY / TRANSFERENCE / THE ORIGINARY

captar lo que hay de real en lo real con
 una pasión
 que rechazará todo extremismo, toda
 temeridad.

Pier Paolo Pasolini³

Una de las noches, en el jardín donde Marco Polo hace el relato de sus viajes, Kublai observa que hay una ciudad de la que no habla nunca y que esa ciudad es Venecia (Calvino, 1972/2017). El viajero le responde de inmediato con una pregunta: «¿De qué crees que hablaba, entonces? [...] Cada vez que describo una ciudad digo algo de Venecia. [...] Para distinguir las cualidades de las otras debo partir de una primera ciudad que permanece implícita» (p. 64). Esa es Venecia... «Quizá tengo miedo de perder a Venecia toda de una vez si hablo de ella. O quizás, hablando de otras ciudades, la he ido perdiendo poco a poco» (p. 65).

Este maravilloso fragmento da cuenta para mí del modo como pretendo encarar lo infantil. Esa Venecia implícita en cada relato, en cada recuerdo, en cada creación, en cada ausencia, en *cada* dolor, en cada pérdida, de la que no se puede hablar porque no hay palabras o porque se pierden las palabras del otro y también las propias.

En psicoanálisis usamos con frecuencia el artículo *lo*, que pretende ser neutro, aspecto este siempre problemático en español. Así *lo* infantil, lo inconsciente, lo negativo, etc. Todo esto abarca un sinnúmero de malentendidos, puntos de vista y conceptualizaciones diversas. ¿De qué inconsciente hablamos? ¿De qué infantil? ¿Del niño? Esto obliga a tomar una posición, que es la que pretendo transmitir en este trabajo.

Lo infantil que me interesa es el cerno sobre el que se constituye el sujeto. Es la masa de la que estamos hechos, generadora de deseo, de represiones, de escisiones, de afectos, de simbolización.

Con esto digo que lo infantil no es la infancia, no es una etapa de la vida, no es un momento del desarrollo -aunque también los incluye,

3 Citado por Badiou (2016, p. 88).

obviamente-, sino las marcas con sus efectos, que nos acompaña desde el nacimiento hasta la muerte.

¿Cómo se arma, como se constituye esto que llamamos *lo infantil*? Pienso que es inseparable, que está absolutamente intrincado con la sexualidad infantil, el deseo, las fantasías «originarias», lo que se vincula de manera compleja con la temporalidad y la memoria.

Laplanche (1987/1989) señala que hay términos a los que es necesario que el psicoanálisis les otorgue un lugar, sin que ello implique que sean fundamento de la disciplina. Por ejemplo, *biológico, desarrollo, historia, apego, fijación, regresión*, entre otros.

Plantea que hay un extravío biologizante en psicoanálisis; eso no implica desconocer que, para el armado de una estructura psíquica, se requieren montajes reguladores biológicos; que hay, desde el inicio de la vida, desarrollo de potencialidades ya presentes que se despliegan, que también pueden tener un orden determinado, pero no se pueden excluir las reorganizaciones, las mutaciones, por tanto, es un desarrollo dialéctico que tiene que incluir en la partida a la madre o el ambiente.

Lo mismo respecto a la historia. Daniel Gil decía que el análisis empieza cuando termina el «cuéntame tu vida», y así es. Lo central de la cura no es la historia que contamos -que, ya sabemos, es subjetiva, parcial, armada por el yo, imaginaria-, aunque esa historia lingüística es necesaria. No solo porque importa reconocer y escuchar lo que el paciente cuenta, sino porque hay tiempos que son históricos en el armado psíquico, y no son míticos. Hay tiempos reales, acontecimientos que marcaron al sujeto que tienen consecuencias significantes. Sin embargo, es importante distinguir lo acaecido, «los hechos», recuerdos propios o de otros sobre lo ocurrido, siempre parciales, de lo que es el acontecimiento, configurado por lo producido sobre lo que acontece, que puede tener diversos destinos, según la trama que cada sujeto pueda construir, lo que configura una alta individualidad⁴.

4 «La realidad del acontecimiento es una cosa, pero hay otra cosa además: es la historicidad del acontecimiento, es decir, algo flexible [*souple*] y decisivo que fue una impresión en el sujeto, y que dominó y que es necesaria para explicar la continuación de su comportamiento» (Lacan, 1952/s. f., p. 7).

Lacan (1952/s. f.) en su estudio de El hombre de los lobos, nos dice que hay *dos memorias*: «El niño se acuerda de algo que ha existido y que no puede ser rememorado sobre el plano simbólico. Y esto determina sin embargo *todo* su comportamiento ulterior» (p. 12).

Yo cuestionaría que el niño «se acuerda», claro que también «se acuerda», y en el análisis, en la movilización transferencial, surgen recuerdos silenciados, olvidados, ignorados, desmentidos, pero no solo recuerda -y este es el problema y tal vez es un interesante punto de debate-, sino que puede producirse algo nuevo en la escena transferencial.

Ya he planteado mi coincidencia con autores que teorizan sobre una memoria no rememorable, «huellas imborrables de impresiones precoces dejadas por influjos reales que se ejercieron sobre la vida pulsional y fantasmática» (Enriquez, 1990, p. 118); estas huellas están inscriptas en el cuerpo y en la psiquis, y parte de esas huellas quedan sepultadas por la represión primaria, como lo plantea Freud, y otras en cambio logran traducción a cosa o palabra.

Sin embargo, algunos de esos signos no traducidos tienen efectos generadores de compulsiones, de actos, que se repiten sin cesar y en algunos casos, y siempre parcialmente, logran traducción en transferencia, siempre dejando restos, pero ese movimiento puede no emerger a través de la palabra y frecuentemente está desmentido y denegado. Son signos sin palabras; sabemos que también lo podemos llamar lenguaje, pero creo que vale la pena diferenciarlos porque cambia la forma de abordaje.

¿Cómo llega el paciente? ¿Cómo saluda? ¿Cómo se va? ¿Cómo se sienta? Cuáles son sus gestos, sus rasgos de carácter (palabra esta muy despreciada en psicoanálisis), su tono de voz, su modo de expresar afecto, alegría, rabia son indicios que pueden abrir caminos y se pueden convertir en palabra en el analista. Indicios, como dice Pierce (1986) haciendo una extensión a su método racional y filosófico para nuestro quehacer, que se podrían traducir por la abducción: «El índice no afirma nada; solamente dice “¡Allí!”» (p. 60). Agarra nuestros ojos, por así decir, y los dirige a la fuerza [*forcibly*] hacia un objeto particular, y ahí se detiene. «Es la sensación de que algo me ha golpeado o de que yo estoy golpeando algo; podríamos llamarla sensación de colisión o choque» (p. 60).

«Allí», ¿qué es eso? Es enigmático para el analista, y a veces construye

hipótesis y conjeturas en silencio. Huellas indestructibles, están fijadas y son ¿inconcientes?, ¿preinconcientes? Otro debate que es demasiado para abordar en este momento. Yo las pienso como inconcientes y sepultadas, pero a través de los efectos que evidencian puede suceder, transferencia mediante, que se produzca el reensamblaje de marcas que hacen ruido, que son actuales y efectivas, y que puedan insertarse siempre parcialmente en una cadena significativa. Algo tuerce la cabeza y dice «Allí». ¿Qué es? No lo sabemos. Pero puede valer la pena conjeturar. Silvia Bleichmar (2006) señala que en la historia que el paciente relata, lo importante son sus fracturas, sus omisiones, pero también todo lo «inligable capaz de producir efectos y que debe ser volcado a una simbolización eventualmente posible para evitar los efectos compulsivos que acarrea para el psiquismo» (p. 142).

Estas marcas, estos gestos, estos modos de estar ahí son a mi juicio lo que puede llamarse «lo infantil en psicoanálisis». No es que llevemos un niño adentro, no es el niño mítico que también se evidencia en los relatos, sino las marcas dejadas por el otro y siempre transformadas de modo heterogéneo por el niño o por el adulto que devendrá.

Laplanche (1981/1987) señala que «el inconciente no es el discurso-deseo del otro, es el resultado de un metabolismo extraño que lleva consigo descomposición y recomposición» (p. 130). Y eso lo convierte en altamente individual. Marcas del otro/Otro nos constituyen como sujetos y permanecen por siempre en nuestra estructura psíquica, con sus transformaciones, condensaciones, desplazamientos, con palabras, siempre escasas, siempre limitadas.

Marcas significantes que podemos denominar como lo infantil, o lo primario, o lo originario, sin que resolvamos fácilmente los problemas que se configuran con estas palabras. En eso acuerdo con Abadi (1984)⁵: «el adjetivo “infantil” no denota al niño. Connota lo que tiene de específicamente humano la sexualidad del *anthropos*, que se estructura desde y en la infancia» (p. 5).

5 Texto que aportó Javier García en el intercambio científico que tuvimos.

Y hablando de esas marcas, tomemos este fragmento literario:

El dolor de Lucila (la madre) formó parte de nuestra infancia, y más tarde de nuestra vida adulta, sin duda *nos forjó* a mi hermana y a mí. Sin embargo, toda tentativa de explicación está destinada al fracaso [...]. La escritura es impotente. Como mucho permite plantear preguntas e interrogar la memoria. (De Vigan, 2011/2019, p. 41; destacado mío)

Coincido con la escritora; su intento de reconstruir la historia familiar la encuentra reuniendo datos, versiones, fragmentos dispersos, que con solo ordenarlos los convierte en ficción. Es la memoria que recuerda, el Yo que busca, que anota, que registra la historia que podemos contar y que, alentados por el momento analítico, podemos buscar, rectificar, confirmar con nuestros hermanos, nuestros padres, en fin.

Pero soy de las que piensan que la historia que se va construyendo en el análisis, los afectos que se juegan, la movilización estructural que se produce en transferencia es un acontecimiento nuevo.

Vale que nos interroguemos por las formas diversas de expresión de lo acontencial y por las diferencias humanas para sobrellevar, resistir situaciones altamente traumatizantes o convertirlas en literatura, pintura, creación. O sea que esas marcas traumáticas también pueden convertirse en belleza y se puede tratar de ponerles palabras.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!
(Vallejo, 1919/1983, p. 59)

¿Cómo es posible convertir en belleza *la resaca* de todo lo sufrido que *se empoza* en el alma?

Laplanche plantea que el análisis es una reapertura a la situación originaria; puede ser discutible, pero es pensable. Hay momentos intensos de captación, de expresión de signos generadores de desestabilización, perturbación psíquica, en los que algo de lo fijado se desengancha y algo

nuevo se liga, y que no pasa necesariamente por la palabra, aunque sea fundamental buscar ese pasaje, pero sí pasa por la transferencia.

Coincido también con Abadi (1984) cuando dice que la sexualidad infantil «es humana, inconsciente, endogámica, histórica, biográfica, cultural, prohibida, mítica, simbólica, polimorfa [...], sustituible, sublimable, imaginaria» (p. 11), y no perversa.

Pero este autor no destaca algo que creo central, y que es el aspecto parcial, que es una característica fundamental de esta llamada sexualidad *infantil*, y de ese modo Abadi se desmarca –a mi entender– de los cambios que se producen en la adolescencia y del lugar diferente y de gran importancia que tiene la relación con el objeto. Como mínimo, podemos decir que la sexualidad llamada *adulta* suele tener un objeto menos aleatorio y una represión secundaria, por desgracia y por suerte, mucho más establecida. «El objeto parcial apenas es un objeto, más cercano al indicio» (Laplanche, 1987/1989, p. 148). Es necesario distinguir el objeto parcial del llamado objeto *objetal*; difícil denominación, también, porque tiene consecuencias clínicas y diferencias estructurales.

¿Por qué llamarla infantil? Sin duda que es discutible, pero el principal partido se juega en los orígenes del sujeto; no el único, pero sí el fundamental. Por eso yo creo que el motivo que generó este intercambio, que fue título del 52º congreso internacional de Psicoanálisis: «Lo infantil: Sus múltiples dimensiones», deberá destacar este lado constitutivo y central de lo llamado infantil, que tiene consecuencias sociales, culturales, personales de gran gravitación.

Seguimos dando vueltas en redondo: lo infantil, sexualidad infantil, lo primario, lo originario, los fenómenos residuales, en fin, ¿no será que no hay palabras para dar cuenta del armado psíquico, sumamente individual, imposibilitando definiciones precisas? Barthes (1975/2018) dice que «para que el psicoanálisis pueda hablar es preciso que se apodere de otro discurso, de un discurso un poco torpe» (p. 193).

Yo creo que de algún modo hay que llamarlo porque creo que estamos todos de acuerdo en que el partido principal de la estructuración psíquica se juega en los primeros cinco años de vida. Obvio que se producen cambios en la adolescencia y la adultez, pero las marcas traumáticas que

desarticulan la estructura, aun en épocas posteriores, son, desde mi perspectiva, marcas originarias. «Lo originario es algo que trasciende el tiempo, pero que permanece al mismo tiempo ligado al tiempo» (Laplanche, 1987/1989, p. 66).

Dice Barthes (1975/2018):

Del pasado lo que más me fascina es mi infancia; sólo ella, al mirarla, no me hace extrañar el tiempo abolido. Pues no es lo irreversible lo que descubro en ella; es lo irreductible: todo lo que aún está en mí, a veces. (p. 193)

Esto es lo que podemos denominar como lo infantil, no siempre irreversible, que también puede serlo, pero siempre irreductible.

«Vivía como un don nadie y soñaba como un don nadie. A mi paso en lugar de huellas quedaban tan sólo unas pequeñas hendiduras llenas de nada» (Tibuleac, 2019, p. 155), dice un personaje con una relación materna muy dañada por el desamparo y lleno de odio. «Tal vez si hubiéramos nacido al revés –yo la madre y ella el hijo– todo habría salido mejor» (p. 155).

Y pudo llevar a cabo algo que con frecuencia vemos en la clínica: un hijo que ocupa el lugar materno, en un desesperado intento de reparar esas huellas fijadas y no del todo simbolizadas, generadoras de angustias arrasadoras e impensables. Pero ese recurso no implica la posibilidad de restaurar esas marcas soterradas.

Así lo expresa también De Vigan (2011/2019): «una memoria que parece quedar intacta, que nunca se borrará del todo, lo mismo que el dolor que las acompaña» (p. 66).

Como dije, esas marcas, esos signos tienen distintos destinos y distintos modos de expresión, y para algunos de ellos no es la interpretación de lo reprimido secundariamente el mejor camino.

Barthes (1975/2018) dice que tenemos una

pasión constante (e ilusoria) de aplicar a todo hecho, aun el más nimio, no la pregunta del niño: *¿por qué?*, sino la pregunta del griego antiguo, la pregunta por el sentido, como si todas las cosas se estremecieran de sentido. (p. 194)

Esto es lo que puedo atisbar con respecto a lo infantil, aceptando, como dijo Freud (1926 [1925]/1992), que «si no podemos ver claro, al menos veamos mejor las oscuridades» (p. 118). ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Abadi, M. (1984). El malentendido acerca de la sexualidad infantil. *Imago*, 11, 5-11.
- Badiou, A. (2016). *En busca de lo real perdido*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2015).
- Barthes, R. (2018). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Eterna Cadencia. (Trabajo original publicado en 1975).
- Bleichmar, S. (2006). La deconstrucción del acontecimiento. En L. Glocer Fiorini (comp.), *Tiempo, historia y estructura*. Lugar.
- Calvino, I. (2017). *Las ciudades invisibles*. Crasis. (Trabajo original publicado en 1972).
- Enríquez, M. (1990). La envoltura de la memoria y sus huecos. En D. Anzieu, D. Houzel, J. Guillaumin, A. Missenard, M. Enríquez, A. Anzieu, J. Doron, E. Lecourt y T. Nathan, *Las envolturas psíquicas*. Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20, pp. 71-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926 [1925]).
- Lacan, J. (s. f.). Notas de Seminario 1952: el hombre de los lobos (Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, trad.). *Lacanterafreudiana*. (Trabajo original publicado en 1952). <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.3%20%20%20EL%20HOMBRE%20DE%20LOS%20LOBOS,%201952.pdf>
- Laplanche, J. (1987). *Problemáticas 4: El inconciente y el ello*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1981).
- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Pierce, C. (1986). *La ciencia de la semiótica*. Nueva Visión.
- Tibuleac, T. (2019). *El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes*. Impedimenta.
- Vallejo, C. (1983). Los heraldos negros. En C. Vallejo, *Obra poética completa*. Alianza. (Trabajo original publicado en 1919).
- Vigan, D. de (2019). *Nada se opone a la noche*. Anagrama. (Trabajo original publicado en 2011).